

Gauguin, Modigliani y algunos otros, se obstinaron en demostrar que el Arte no pasaría a ser del cliente. No era negociable, no servía para vivir. Iba más allá de la vida, y hasta contra la vida. Era una penuria. Se llamaba Arte a una guerra, en la que la persona del pintor constituía la primera víctima.

Estos individuos resultaron socialmente calamitosos, pero trazaron algo de enorme magnitud humana. Personalizaron la idea de que el arte era «otra cosa». Nada semejante a nada. Una libertad que podía merecer cierto lirismo a la larga y miseria todos los días.

En las condiciones del mundo moderno, sin mecenas, sin colecciones reales, el arte libre pertenecía al pintor que no quisiera vender un solo cuadro. El Arte no podía hacer más que mendigos, si quería seguir siendo libre o funcionarios, si quería dejar de serlo. Quiso dejar de serlo.

Aquellos rebeldes no tuvieron sucesores. No hubo remedio. La pintura-empleo sucedió a la pintura-pasión. El pintor-empleado al pintor-héroe. El cuadro-artículo al cuadro-arte. El cliente o comprador determinó la inspiración en la pintura de aspecto menos improbable, lo mismo que en el retrato de encargo.

El gesto de los rebeldes no fué estéril. Dejaron su herencia: un ejemplo que se olvidó, una obra que fué explotada y una literatura que lo fué en mayor grado.

El tipo del pintor actual nació de esa literatura que consagró las supersticiones «genio desconocido», «creación», «libertad creadora», «función profética del arte». El expediente literario referente a los que sufrieron se propagó a la profesión en masa: los fatalismos de superhombres-malditos, suplicados, ignorados y creado-

res les ayudó a ser comprendidos, conocidos y ricos.

De los que aspiraron a una sola soberbia, ser libres, nacieron millares de vástagos, que aspiraron a casi todos los fines numerarios, intelectuales, líricos: universalidad, consagración, negocio, lo que se llama «triunfar con el arte».

Lo que ofrecen a cambio de tales apatencias es un producto gráfico-pigmentado llamado arte moderno, que tiene por norma aparente la insolidaridad y la rebeldía, el desprecio a honores e intereses, y se coloca por definición al margen de todo lo que da forma codiciable, o simplemente llevadera a la vida humana.

Esto es lo que alimenta las bolsas artística de todas partes. Su triunfo y su productividad son un hecho. De los violentos artificios a que debió someterse un artículo así para hacerlo rentable, ha derivado su depravación.

La vida de un artista no es que tenga importancia en su obra: es que es su obra misma. No en el sentido de que esta obra deba reflejar los episodios de una existencia, sino en cuanto esa existencia modela su mentalidad, da un carácter determinado a su don expresivo, lo profundiza o lo contrario. Hoy el artista triunfa con demasiada facilidad, se da a conocer en seguida, y, prácticamente, la «lucha por ser» queda eliminada. Se hacen famosos antes de estar maduros para la fama. En cierto sentido, la consideración social que se le tributa es nociva, puesto que le invita a darse por satisfecho en plena formación y a vivir de su nombre. El arte se vende y se compra como una mercancía de consumo ordinario. Y, efectivamente, cada día es más ordinario y más mercancía.